

igualdad y alegría, como venido de la mano de Dios, y se deja guiar y gobernar de los superiores y enfermeros, olvidándose y descuidándose en todo de sí. Dice san Basilio (1): Habeis fiado vuestra alma del superior, ¿por qué no fiáis vuestro cuerpo? Habeis puesto en sus manos la salud eterna, ¿por qué no pondréis también la temporal? Y pues la Regla nos da licencia para descuidarnos entonces de nuestro cuerpo (2), y nos lo manda, habíamos de estimarlo en mucho, y ayudarnos de tan provechosa licencia; y por el contrario desedifica mucho el enfermo religioso, cuando tiene mucho cuidado de sí, y tiene mucha cuenta con lo que le han de dar, y cómo se lo han de dar, y si le acuden á punto; y sino, se sabe bien quejar, y aun murmurar.

Dice muy bien Casiano (3): La enfermedad del cuerpo no es impedimento para la puridad del corazón, sino antes ayuda, si uno la sabe tomar como debe; pero guardaos, dice, no pase la enfermedad del cuerpo al alma: y si uno se ha de esa manera, y toma ocasion de la enfermedad para hacer su voluntad, y no ser obediente y rendido, entonces pasará la enfermedad al alma, y hará que le dé al superior mas cuidado la enfermedad espiritual que la corporal. Por es-

(1) Basil. in regul. fustius disputatis, regul. 48.

(2) Part. 3 Constit. cap. 2, lit. G.

(3) Cassian. lib. 5 de instit. renunt. c. 7.

tar enfermo, no por eso ha uno de dejar de parecer religioso, ni pensar que ya no hay Regla para él, y que puede poner todo el cuidado en su salud y regalo, y olvidarse de su aprovechamiento. «El enfermo, dice nuestro Padre (1), mostrando mucha humildad y paciencia, no menos ha de procurar edificar en el tiempo de su enfermedad, que en el tiempo de su entera salud.» San Juan Crisóstomo, sobre aquellas palabras del Profeta en el salmo v: *Domine, ut scuto bonæ voluntatis tuæ coronastinos*, tratando como mientras dura esta vida siempre hay pelea, y así siempre habemos de andar armados para ella, dice: *Et ægroti, et sani; morbi enim tempore, hujus maximæ pugnae tempus est, quando dolores undique conturbant animam, quando tristitiæ obsident, quando adhæsit diabolus incitans, ut acerbum aliquod verbum dicamus*: El tiempo de la enfermedad es muy propio tiempo de estar muy armados y muy apercebidos para pelear, cuando por una parte los dolores nos turban, y la tristeza nos cerca; y el demonio, tomando de eso ocasion, nos incita á que hablemos con impaciencia, y nos quejemos demasiado; y así entonces habemos de ejercitar y mostrar la virtud. Aun allá dijo Séneca en la epístola 70, que el varon fuerte también tiene en que ejercitar su fortaleza en la cama padeciendo enfermedades, como en el

(1) Regul. summar.

campo peleando contra los enemigos; porque la principal parte de la fortaleza es sufrir, mas que acometer; y así dice el Sábio que es mejor el paciente que el fuerte: *Melior est patiens viro forti. Et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium*. Prov. XVI.

CAPÍTULO XVIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

De la santa vírgen Gertrudis se lee (1), que le apareció una vez Cristo Señor nuestro, que traía en su mano derecha la salud, y en la siniestra la enfermedad, y le dijo que escogiese lo que quisiese. Ella respondió: Lo que yo, Señor, deseo de todo corazón, es, que no mireis mi voluntad, sino que se haga en mí lo que fuere mayor gloria y contento vuestro.

De un devoto de santo Tomás Cantuariense se cuenta (2), que estando enfermo fué al sepulcro del Santo á pedirle que rogase á Dios le diese salud. Alcanzóla; y viniendo sano á su tierra, púsose á pensar entre sí, que si le convenia la enfermedad para su salvacion, ¿para qué queria la salud? Hízole tanta fuerza esta razon, que volvió otra vez al sepulcro, y rogó al Santo que pidiese á Dios le diese lo que mas le convenia para su salvacion. Volvióle Dios la enferme-

(1) Blossius, cap. 11 Mon. spir.

(2) Marul. lib. 5, cap. 4; et Jacobus de Voragine.

dad; y así vivió muy consolado con ella, entendiendo que aquello era lo que mas le convenia.

Surio en la vida de san Bedasto obispo, cuenta otro ejemplo semejante de un hombre ciego, que en la traslacion del cuerpo de este santo Obispo deseó mucho ver sus santas reliquias, y por consiguiénte tener vista para verlas: alcanzóla de Nuestro Señor, y vió lo que deseaba; y viéndose con vista, volvió á orar que si aquella vista no le convenia para el bien de su alma, que le volviese la ceguedad: y hecha esta oracion quedó ciego como de primero.

Cuenta san Jerónimo (1), que como san Antonio Abad fuese llamado de san Atanasio obispo á la ciudad de Alejandria, para que le ayudase á confutar y extirpar las herejías que allí habia, Dídimos, que era un varon eruditísimo, pero ciego de los ojos del cuerpo, trató con san Antonio muchas cosas de las sagradas Escrituras, de tal manera, que estaba el Santo admirado de su ingenio y sabiduría: y despues de haber tratado de esas cosas, preguntóle si estaba triste por estar ciego. Él callaba, y no se atrevia á responder de vergüenza: finalmente, preguntándole segunda y tercera vez, confesó llanamente que sentia tristeza de ello. Entonces díjole el Santo: Maravíllome que un varon tan prudente como tú se entristezca y duela de no tener

(1) Hier. epist. ad Castrutium cæcum.

aquello que tienen las moscas, y las hormigas y gusanillos de la tierra, y no se alegre de tener aquello que solo los Santos y Apóstoles merecieron tener. De lo cual se ve, dice san Jerónimo, que mucho mejor es tener ojos espirituales que corporales.

En la primera parte, lib. 6, capítulo 49 de la Historia de la Orden de santo Domingo, cuenta el Padre Fr. Hernando del Castillo, que viviendo santo Domingo en Roma, visitaba á una mujer afligida, enferma, emparedada, y muy gran sierva de Dios, que se habia recogido en una torre á la puerta de San Juan de Letran, y solia el bendito Padre confesarla muchas veces, y administrarla el santísimo Sacramento. Llamábase la mujer Bona, y era tan conforme con el nombre su vida, que por buena le enseñaba Dios á tener alegría en los trabajos, y descanso en la muerte. Padecía una gravísima enfermedad en los pechos, los cuales tenia ya cancerados y llenos de gusanos, de manera que para cualquier otra persona fuera tormento insufrible, sino para ella, que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla santo Domingo tan enferma, y tan aprovechada en la virtud, la amaba mucho. Un dia, despues de haberla confesado y comulgado, quiso ver tan asquerosa y terrible llaga; y aunque con alguna dificultad lo alcanzó, cuando se descubrió Bona y el

Santo vió la podre, el cáncer y los gusanos hirviendo, y su paciencia y alegría, tuvo de ella compasión; pero mas deseoso con sus llagas, que de los tesoros de la tierra, rogóle mucho que le diese uno de aquellos gusanos como por reliquia. No quiso la sierva de Dios dársele, si primero no la prometia devolvérselo; porque ya venia á holgarse tanto de verse comer en vida, que si alguno se caía en el suelo, lo volvía á poner en su lugar; y así sobre su palabra se le dió, que era bien crecido, y con una cabeza negra. Apenas le tomó el Santo en la mano, cuando se volvió en una perla hermosísima, y los frailes admirados decían á su Padre que no se la volviese; y la enferma, pidiendo su gusano, decía que le volviesen su perla; mas en dándosele, tornó á volverse en la forma que tenia de gusano, y la mujer le puso en sus pechos, donde se habia criado y criaba; y santo Domingo, haciendo oracion por ella, y echándole su bendición con la señal de la cruz, la dejó, y se fué: pero bajando la escalera de la torre, se le cayeron á la mujer los pechos cancerados con los gusanos, y poco á poco fué creciendo la carne, y en breves dias fue del todo sana, contando á todos las maravillas que Dios obraba por su siervo.

En la primera parte, lib. 1, capítulo 83 de la misma Historia, se cuenta, que tratando Fr. Reginaldo con santo Domingo de tomar el

hábito de su Religion, y estando ya determinado de hacerlo, cayó en la cama de una fiebre continua, y al parecer de los médicos mortal: el Padre santo Domingo tomó muy á pechos la salud, y hacia por él continua oracion á Dios nuestro Señor; y así el enfermo, como él, llamaban á Nuestra Señora en su ayuda con mucha devocion y sentimiento. Estando los dos ocupados en esta peticion, entró por el aposento de Reginaldo la sacratísima Reina del cielo Nuestra Señora con una claridad y resplandor por todo extremo celestial y maravillosa, acompañada de otras dos bienaventuradas vírgenes, que al parecer eran santa Cecilia y santa Catalina, mártires; las cuales llegaron con la soberana Señora á la cama del enfermo, á quien ella, como soberana Reina y Madre de piedad, consoló, y dijo: ¿Qué quieres que haga yo por tí? Yo vengo á ver lo que pides: dímelo, y dársete ha. Empachóse Reginaldo, y como atajado con tan celestial vision, dudaba de lo que convenia hacer ó decir; mas una de aquellas Santas, que con Nuestra Señora venian, le sacó presto de este cuidado, diciendo: Hermano, no pidas cosa: déjate todo en sus manos, que mucho mejor sabe dar, que tú pedir. El enfermo siguió este consejo, como tan discreto y avisado, y así respondió á la Virgen: Señora, no pido nada: no tengo mas voluntad que la vuestra: en ella

y en vuestras manos me pongo. Extendiólas entonces la sagrada Virgen, y tomando del óleo que traian para este efecto aquellas sus criadas, ungió á Reginaldo de la manera que se suele dar la Extremauncion. Tan grande eficacia tuvo el tocamiento de aquellas sagradas manos, que súbitamente quedó sano de la calentura, y tan convalecido de fuerzas corporales, como si nunca hubiera estado enfermo; y lo que mas es, que con aquella soberana merced se le hizo otra mayor en la virtud del alma, que desde aquella hora jamás sintió movimiento sensual ni deshonesto en su persona en todos los dias de su vida, en ningun tiempo, ni lugar, ni ocasion.

En la parte segunda, lib. 6, capítulo 2 de la Historia eclesiástica se cuenta, que entre los varones que en aquel tiempo florecieron, era muy esclarecido Benjamin, que tenia don de Dios para sanar los enfermos, sin otra medicina que con solo el tacto de su mano, ó ungiéndolos con un poco de aceite, y haciendo oracion por ellos; y con esta gracia de sanar á otros, tuvo él gran dolencia de hidropesía, de la cual se hinchó tanto, que no podia salir por la puerta de su celda, si no desquiciaban las puertas; y así estuvo dentro de ella ocho meses, hasta que murió sentado en una silla muy ancha, donde curó muchas enfermedades, sin quejarse ni entristecerse, porque no podia dar remedio á la suya; y á los que le te-

nian lástima, consolaba y decía: Rogad á Dios por mi alma, y de mi cuerpo no cureis, que aun cuando estaba sano, de ninguna cosa me servía.

En el cap. 10 del Prado espiritual se cuenta de un monje llamado Bernabé, que como en un cierto camino se le hincase un palillo por el pié, no lo quiso quitar por algunos dias, ni ser curado en la herida, por tener con que padecer algun dolor por amor de Dios; y dicese que decía á los que le visitaban: Quanto mas padece y se mortifica el hombre exterior, tanto mas el hombre interior se vivifica y fortalece.

En la vida de san Pacomio cuenta Surio de un monje llamado Zaqueo, que con estar enfermo de gota coral, no por eso remitía un punto del rigor de su acostumbrada abstinencia, que era solamente pan con sal, ni cesaba tampoco de hacer las oraciones que acostumbraban los otros monjes sanos, acudiendo á maitines y á las demás horas; y lo restante del tiempo en que cesaba de orar, se ocupaba en hacer esteras, espuestas y sogas; y con la aspereza del esparto, de que las tejía, tenía las manos tan lastimadas, que le corria siempre sangre de las grietas; lo cual hacia por no estar ocioso: y á la noche antes de dormir tenía por costumbre meditar algunas cosas de la sagrada Escritura, y luego hacer la señal de la cruz sobre su cuerpo; y esto hecho, descan-

saba hasta hora de maitines, á los cuales, como se ha dicho, se levantaba, permaneciendo en ellos, y en oracion hasta que era de dia. Este era el repartimiento del tiempo de este santo enfermo, y estos eran sus ordinarios ejercicios. Sucedió una vez venir á él un monje, el cual viéndole tan lastimadas las manos, le dijo que se las untase con aceite, y no sentiria tantos dolores con las aberturas; hizolo así Zaqueo, y no solo no se le mitigó el dolor, pero se le acrecentó mucho mas: y viniendo despues á verle san Pacomio, y contándole lo que habia hecho, díjole el Santo: ¿Pensabas, hijo, que no ve Dios todas nuestras enfermedades, y que, si es servido, no las puede sanar? Pues el no hacerlo así, sino permitir que padezcamos dolores hasta que él sea servido, ¿para qué piensas que lo hace, sino para que le dejemos á él todo el cuidado de nosotros, y pongamos solamente en él toda nuestra confianza; y tambien para bien y provecho de nuestras almas, para podernos despues acrecentar la paga y premio eterno, por estos breves trabajos que él nos envía? Compungióse mucho con esto Zaqueo, y díjole: Perdóname, Padre, y ruega á Dios que me perdone este pecado de poca confianza y conformidad con la voluntad de Dios, y deseo de sanar. Y yéndose Pacomio, en penitencia de culpa tan leve ayunó todo un año con ayuno tan rígido, que no comía sino de dos á

dos dias, y entonces muy poco, y llorando. Este ejemplo tan notable solia contar despues el gran Pacomio á sus monjes, para amonestarles á la perseverancia en el trabajo, y la confianza en Dios, y el reparar en faltas pequeñas.

CAPÍTULO XIX.

De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida.

Tambien tenemos de estar conformes con la voluntad de Dios, así para morir, como para vivir; y aunque esto del morir de suyo es muy dificultoso, porque, como dice el filósofo: *Omnium rerum nihil morte terribilius, nihil acerbius*, Arist. 4 Ethicor. c. 6; la muerte es la cosa mas terrible de todas las cosas humanas; pero en los religiosos está quitada y allanada en gran parte esta dificultad, porque ya tenemos andado el medio camino para ello, y aun casi todo: porque quanto á lo primero, una de las cosas porque á los del mundo se les suele hacer dificultoso el morir, y les da pena que llegue aquella hora, es porque dejan las riquezas, las honras, los deleites, entretenimientos y regalos que tenían en esta vida, los amigos, los parientes, y el otro la mujer, y el otro los hijos, que no suelen dar pequeño cuidado en esta hora, especialmente cuando no

quedan remediados: todo esto ya lo ha dejado el religioso con tiempo; y así no le da pena ni dolor. Cuando la muela está bien descarnada y apartada de las encías, con facilidad se saca; pero si la quereis sacar sin descarnarla, causaros ha mucho dolor; así al religioso que está ya descarnado y despegado de todas esas cosas del mundo, no le duele á la hora de la muerte el dejarlas, porque ya las dejó él de su voluntad, y con gran merecimiento, cuando entró en la Religion, y no aguardó á dejarlas á la hora de la muerte, como los del mundo, cuando de necesidad se han de dejar, aunque ellos no quisieran, y con grande dolor y pena, y muchas veces sin merecimiento alguno; porque mas dejan ellas á sus poseedores, que ellos á ellas; y este es uno de los frutos que entre otros muchos tiene el dejar el mundo, y entrar en Religion, como nota muy bien san Juan Crisóstomo (1), que á los que están en el mundo muy cansados con la hacienda, entretenimientos y regalos de esta vida, les es muy penosa la muerte; conforme á aquello del Sábio: *O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis!* Eccli. xli. Aun la memoria de la muerte les es muy amarga, ¿qué será la presencia? Si pensada es amarga, ¿qué será gustada? Pero al religioso que ha dejado ya todas esas cosas, no le es amarga la

(1) Chrysost. homil. 14; II Tim.

muerte, sino antes muy alegre y gustosa, y como fin y remate de todos sus trabajos, y como quien va á recibir el premio y galardón de todo lo que ha dejado por Dios.

Otra cosa principal, que suele dar mas pena en aquella hora á los del mundo, y ser causa que se les haga la muerte terrible y horrible, dice san Ambrosio que es la mala conciencia y falta de disposición: lo cual tampoco tiene ni debe tener lugar en el religioso; porque toda su vida es una continua preparacion y disposicion para bien morir. Cuéntase de un santo religioso, que como el médico le dijese que se preparase para morir, respondió él: Desde que tomé el hábito no he hecho otra cosa sino prepararme para eso: este es el ejercicio del religioso. El mismo estado de la Religion nos instruye en la disposicion que quiere Cristo nuestro Señor que tengamos para su venida. *Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris.* Luc. XII. Tened ceñidos los lomos, y candelas encendidas en vuestras manos. Dice san Gregorio (1), que el ceñir los lomos denota la castidad, y el tener candelas encendidas en las manos denota el ejercicio de las buenas obras; las cuales dos cosas resplandecen principalmente en el estado de la Religion; y así el buen religioso no tiene que temer la muerte.

(1) Gregor. homil. 13 in Evang.

Y nótese aquí una cosa, que ayudará á nuestro propósito, y la tocamos arriba en el tratado 2, capítulo 5, y es, que una de las buenas señales que hay de tener una buena conciencia y andar bien con Dios, es estar muy conforme con su divina voluntad en lo que toca á la hora de su muerte, y estarla esperando con grande alegría, como quien espera su esposo para celebrar con él aquellas bodas y desposorios celestiales: *Et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur à nuptiis.* Luc. XI. Y por el contrario, el pesarle á uno mucho la muerte, y no tener esta conformidad, no es buena señal. Suelen traer algunas comparaciones buenas para declarar esto. ¿No veis con qué paz y sosiego va la oveja al matadero sin dar un balido ni hacer resistencia alguna? que es ejemplo que trae la sagrada Escritura de Cristo nuestro Señor: *Tamquam ovis ad occisionem ductus est.* Isai. c. LIII; Actor. VII. Pero el animal inmundo, ¿qué hace de gruñir y de resistir, cuando le quieren matar? Pues esa es la diferencia que hay entre los buenos, que son significados por las ovejas, y los malos y carnales, que son significados por esos otros animales. El que está sentenciado á muerte, cada vez que oye abrir la cárcel, se entristece, pensando que le quieren ya sacar á ahorcar; pero el inocente y el que es dado por libre, huélgase cada vez que oye abrir la cárcel, pen-

sando que le vienen á echar fuera; así el malo, cuando oye sonar la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprieta, teme y pésale mucho; porque como tiene llagada la conciencia, cree que es para echarle en la hoguera del infierno para siempre jamás: pero el que tiene buena conciencia, antes se huelga; porque entiende que es para darle libertad y descanso para siempre. Pues hagamos nosotros lo que debemos como buenos religiosos, y no solo no sentiremos dificultad en conformarnos con la voluntad de Dios en la hora de la muerte, antes nos holgarémos, y pediremos á Dios con el Profeta que nos saque de esta cárcel: *Educ de custodia (id est de carcere) animam meam.* Psalm. CCLI.

San Gregorio, *lib. 6 Mor. c. 16*, sobre aquello del cap. v de Job: *Et bestias terræ non formidabis*, dice: *Justis namque initium retributionis est ipsa plerumque in obitu securitas mentis*: El tener á la hora de la muerte esta alegría y esta paz y seguridad de conciencia, dice que es principio del galardón de los justos: comienzan ya á gozar una gotica de aquella paz que como rio caudaloso ha de entrar luego en sus almas: ya comienzan á sentir su bienaventuranza; y al contrario, los malos comienzan á sentir su tormento y su infierno con aquel temor y remordimiento que comienzan á sentir en aquella hora.

De manera que el desear la

muerte y holgarse con ella, es muy buena señal. Dice san Juan Climaco en el cap. 6: Muy loable es aquel que todos los dias espera la muerte; mas aquel es santo, que á todas horas la desea. Y san Ambrosio (1) alaba á los que tienen deseo de morir; y así vemos que aquellos santos patriarcas antiguos tenían este deseo, teniéndose por peregrinos y huéspedes en la tierra, no por moradores de asiento: *Confitentes, quia peregrini, et hospites sunt super terram.* Y como nota muy bien el apóstol san Pablo: *Qui hæc dicunt, significant se patriam inquirere.* Ad Hebr. c. XI. En esto daban bien á entender que estaban deseando salir de este destierro, y esto era por lo que suspiraba el real Profeta: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro! Y si esto decían y deseaban aquellos padres antiguos, con estar entonces cerrada la puerta del cielo, y no haber de ir luego allá; ¿qué será ahora que está abierta, y en estando el alma purgada luego va á gozar de Dios?

(1) S. Ambros. in orat. funebri de obitu Valentiniani Imper. tom. 5, et de fide resurrec.